

BONET, Juan Manuel: *Juan Carlos Lázaro, pintor sin adjetivos*. Texto del catálogo de la exposición en la galería Birimbao, Sevilla, 2008

### Juan Carlos Lázaro, pintor sin adjetivos

#### JUAN MANUEL BONET

Un pintor de cuarenta y cinco años, todavía no conocido del gran público, pero que me parece uno de los de mayor interés de la actual española: el extremeño Juan Carlos Lázaro.

Juan Carlos Lázaro es de Fregenal de la Sierra (Badajoz), la villa natal de Arias Montano, de Bravo Murillo, del pintor Eugenio Hermoso. Formado primero en clave local, pasó luego por las aulas de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, donde se licenció en 1987. Hoy vive en la periferia de Madrid, en Leganés, desde donde va mandando sus esplendentes cuadros y dibujos al circuito de las galerías con las que trabaja -ahora saldrán unos cuantos hacia la sevillana Birimbao-, y desde donde a sus amigos nos van llegando puntualmente sus envíos, escritos con una escritura tan ordenada y precisa, como lo son sus cuadros y dibujos.

En 2004 Juan Carlos Lázaro celebró en la Sala El Brocense, de Cáceres, una exposición que tituló *Paseo por la pintura 1983-2003*. De lo que se trataba era de visitar su trayectoria, las distintas fases de su aprendizaje. Por el catálogo de aquella exposición, en el que incluye reproducciones de las distintas etapas de aquella, y un texto autobiográfico, sabemos de sus primeras tentativas naturalistas, académicas, en su dormida villa natal; de su desconcierto, en 1983, ante la retrospectiva de Bonnard -pintor al que hoy admira mucho- en la Fundación Juan March; de su momento expresionista, con la vista puesta en Saura y en Juan Barjola -de palabra añade a los dos nombres precedentes, el del singular Antonio Quirós-, momento que a la vista de lo contenida que es su obra actual, nos sorprende en grado sumo; de su atenta lectura de los principales textos teóricos de Kandinsky o Mondrian; de su fascinación ante la obra de Matisse, Miró, Boreas, Esteban Vicente, Morandi, Luis Fernández, el también extremeño Godofredo Ortega Muñoz, Xavier Valls, Cristino de Vera...

Creo que hay que situar el verdadero arranque de la obra de Juan Carlos Lázaro, hace cosa de diez años: más o menos en 1998, cuando el siempre recordado Mario Antolín le organizó una exposición de dibujos en su galería Alfama. Fue por aquel entonces cuando Juan Carlos Lázaro comenzó a definir el espacio aparte que es hoy el suyo, dejando definitivamente atrás todas las dudas anteriores, todos los vanos empeños y ruidos que antes le ocupaban y le preocupaban. Fue por aquel entonces cuando, precisamente, descubrió, tras dar los tumbos documentados en las primeras páginas del referido catálogo recopilatorio, que debía empezar de cero, y que sus anhelos para la nueva etapa eran el silencio, el orden, el recogimiento, la sencillez máxima, la concentración en la pura pintura, la insistencia en unos pocos motivos una y otra vez asediados. Para iniciar ese proceso de ascesis radical, tuvo que prescindir de

prácticamente todo lo aprendido hasta entonces, de todas las etapas que había recorrido tan trabajosamente. Se volcó en ese nuevo proyecto, ingresando en la misma cofradía sin nombre ni bandera a la que pertenecen solitarios de nuestros días por mí admirados desde hace mucho, como el zamorano José María Mezquita o el navarro Juan José Aquerreta, con los que tengo entendido que comparte algún coleccionista, cofradía a la que, antes que ellos, pertenecieron pintores de la maravillosa monotonía creadora como pueden ser, sí, y retomo la lista de sus confesiones, Morandi, Luis Fernández, Ortega Muñoz, Caneja -no lo menciona en su aludido texto autobiográfico de 2004, pero se con certeza que se trata de otro nombre por él muy admirado-, Xavier Valls, un Cristino de Vera que por cierto se ha fijado, ojo avizor siempre, en su obra, y recientemente se lo ha dicho en un breve pero enjundioso mensaje manuscrito, como una constelación de palabras, entre ellas "silencio", "paz", "armonía" y "belleza", esta última la única adjetivada, "secreta belleza".

Lejos del mundanal ruido, concentrado en el silencio de la pura pintura, Juan Carlos Lázaro, cuya reciente tercera individual con Luis Gurriarán fue pertinentemente calificada de "canto de la luz" por Francisco Calvo Serraller en su prólogo, se ubica en un espacio similar a aquél en que laboraron esos predecesores suyos a los que tanto admira. De 1998 a esta parte, todo se ha simplificado para él. Se trata de insistir e insistir, de interrogar las cosas. Se trata de que las cosas reinen soberanas, en el espacio de la tabla o del papel. Esas cosas, pueden ser unos humildes objetos (tarros, cuencos, tazas, floreros) dispuestos sobre un mantel, objetos inevitablemente morandianos -a veces también pensamos en Zurbarán, el pintor de la vida monástica: sin duda el extremeño más universal-, o un árbol solitario, o un grupo de árboles, unos muretes más o menos rectilíneos compuestos por acumulación de piedras, un camino que sube entre ellos, un camino hacia un cielo en un campo extremeño reducido a la mínima expresión, un campo entre amarillo limón y blanco, anegado de luz, un campo que es y no es el que pintara Ortega Muñoz. No nos cansamos de contemplar estas pinturas cuya gran protagonista es, sí, la luz solar, estas pinturas morosamente ejecutadas, con un estilo seco, prieto, de gran economía de medios, de extrema contención, ni estos dibujos en grises, de gran formato, en los cuales por momentos su autor parece acordarse de su formación naturalista, una formación trascendida por el afán de síntesis. No nos cansamos de apreciar las sutiles diferencias entre cuadros que en un principio se nos aparecen casi idénticos entre sí. No nos cansamos de dejar vagar nuestra mirada por esos tarros, por esos cuencos, por esas tazas, por esos floreros, por esos árboles, por esos muretes de piedra que casi podrían estar en un alto paisaje andino, por ese cielo, por ese camino solitario que parece desembocar en él. "Pinturas cegadoras", como las ha llamado el poeta y crítico de arte Enrique Andrés Ruiz, que ha escogido algunas para su reciente colectiva pamplonesa de tesis *La pintura en los tiempos del Arte*, y que para mi gusto es quien mejor las ha dicho con palabras, en dos reseñas para ABC de dos de sus exposiciones madrileñas, en la segunda de las cuales, titulada "Lo que queda en las tardes", alcanza la pura poesía, como puede comprobarse ante este memorable comienzo: "Entre un malva cansado y un añil oscuro pero encendido, quedan las largas, inacabables tardes del verano cuando les llega la hora de irse, como paradas, como sin querer

irse". Pinturas, por lo demás, tan en voz baja, que igual que de la música del norteamericano Morton Feldman se suele decir que está en el umbral de la inaudibilidad, no creo sea exageración decir que estos cuadros y dibujos están en el umbral de la invisibilidad, proporcionándole además, me temo, el correspondiente dolor de cabeza, a quien tenga que enfrentarse al reto de su eventual reproductibilidad.

¿Figuración? Sería difícil decir lo contrario, pues está claro que ese es el ángulo de la escena en el cual el autor de estas pinturas se sitúa deliberadamente, esa es la tradición en la cual se reconoce, con la cual se identifica. Y sin embargo hay momentos en que veo en Juan Carlos Lázaro casi a un pintor abstracto, a un pintor al que no le importan ya las cosas, a un pintor que está más allá de las cosas, algo que también me sucede ante el Luis Fernández de las playas últimas o de los paisajes bordeleses -ese paisaje hoy del Reina que fue propiedad de André Breton, que en 1955 escribió un texto en la revista *Medium*, en el que hablaba de cómo no podía dejar de recorrer con la mirada, una y otra vez, el camino en él representado-, o ante el José María Mezquita de las encinas y de la meseta y del cielo castellanos, o ante el Luis Palmero de los mínimos paisajes canarios, paisajes con cielo también, paisajes de un abstracto constructivo que se apoya en la herencia de un figurativo, José Jorge Oramas, el metafísico solar. Pero a la postre llegados a este punto los adjetivos, las genealogías, las ubicaciones en los mapas, prácticamente sobran, dan igual. Pintor de bodegones y de paisajes y de cielos, Juan Carlos Lázaro es por encima de todo pintor sin adjetivos, y me parece enormemente significativo el hecho de que mientras sus primeras exposiciones tenían títulos más o menos complicados y a veces hasta rebuscados y conceptuosos, las últimas suela designarlas, escuetamente, con la sola palabra *Pinturas*.

Juan Carlos Lázaro, pintor de la sola pintura, de la pintura esencial que con buen criterio él aprecia lo mismo en Mondrian que en Morandi, lo mismo en Cristino de Vera que en el feldmaniano Philip Guston, curiosamente el único norteamericano citado en el citado texto de 2004. "A solas con la pintura sola", Juan Carlos Lázaro, pintor de caminos por los que se alejan nuestra mirada, nuestra memoria.